

Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades. Dilemas y desafíos recientes*

Mara Viveros Vigoya**

Resumen:

Las teorías feministas han sido fundamentales en la conformación de los estudios contemporáneos sobre hombres y masculinidades como tentativas intelectuales y asuntos académicos y como problemas sociales. Este trabajo analiza el impacto que ha tenido la teoría feminista en sus distintas vertientes en los estudios sobre los varones y las masculinidades, así como los presupuestos de estas teorías y sus principales vacíos. Por último, se cuestiona cierto optimismo compartido en relación con los cambios que se han producido en las relaciones de género. Uno de los retos más importantes que tiene el feminismo actualmente es mostrar que los logros adquiridos por las mujeres en la democratización de las relaciones de género no deben darse por un hecho incontestable y que las relaciones de género, como relaciones de fuerza dependen de la acción y reacción de las fuerzas presentes en ellas. Para abordar este tema se hará referencia a una serie de trabajos que evidencian las resistencias masculinas al cambio social y las luchas que libran actualmente los varones por mantener y consolidar su dominación sobre las mujeres.

Palabras clave: Teoría feminista, masculinidades, relaciones de género, estudios de género

Abstract:

Feminist theories have been fundamental in giving shape to contemporary studies of men and masculinities as intellectual and academic projects as well as social problems. This paper analyzes the impact feminist theory in its different currents has had on these studies, as well as the presuppositions on which these theories are based and their major gaps. Finally, a certain optimism about changes in gender relations is questioned. One of the major challenges feminism faces at present is to show that women's achievements in democratizing gender relations cannot be taken for granted, and that their continuation depends on actions and reactions of forces

that are at play in them. To tackle this subject, reference is made to a series of studies that show masculine resistances to social change and the struggles that males wage at present to maintain and consolidate their domination of women.

Keywords: Feminist theory, masculinities, gender relations, gender studies

Las primeras teorías feministas y la masculinidad

La misoginia expresada por teólogos, filósofos, científicos y por los discursos populares a través del tiempo y en distintas culturas generó serias objeciones de parte del feminismo desde sus inicios. Las primeras teorías feministas fueron fundamentalmente defensivas y buscaron cuestionar la apropiación masculina de la humanidad esencial. Para hacerlo mostraron a los hombres como un género específico definido de acuerdo con ciertos ideales culturales, caracterizado por ciertas disposiciones psicológicas y modelado por ciertas instituciones sociales al servicio de sus intereses. Sin embargo, pese a estos tempranos cuestionamientos, los hombres continuaron pensándose y describiendo a la humanidad a su imagen y semejanza, como lo señaló en 1948 Simone de Beauvoir en su libro «El segundo sexo». En esta obra, de Beauvoir criticó la pretensión de los varones de trascender sus experiencias inmediatas a través de la razón y el trato que acordaron a las mujeres como encarnación de una alteridad misteriosa y complementaria.

En la década del sesenta, algunas representantes del feminismo liberal como la emblemática Betty Friedan y las mujeres reunidas en la Organización Nacional

*Artículo tipo 2 (de reflexión). Pertenece a la investigación del Grupo Interdisciplinario de Estudios de Género vinculada con la Maestría en Género y Desarrollo de la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia.

**Dra. en Antropología de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Profesora asociada del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional. Investigadora del CES y co-directora del Grupo Interdisciplinario de Estudios de Género (GIEG) de la Universidad Nacional. Último libro publicado: *Raza, etnicidad y sexualidades. Ciudadanía y multiculturalismo en América Latina*, ed., con Peter Wade y Fernando Urrea. Bogotá, CES, 2008. Email: mviverosv@unal.edu.co

para las mujeres en los Estados Unidos lucharon para obtener cambios en las leyes y en los patrones de socialización a fin de garantizar que hombres y mujeres fueran medidos con el mismo patrón y que los bienes y las oportunidades sociales fueran distribuidos por igual entre ellos (Gardiner, 2005). Estos objetivos no implicaban el cuestionamiento de las normas de masculinidad que privilegiaban la razón abstracta y las leyes sobre los cuerpos y las emociones que regulaban. Sin embargo, otras de las representantes de las corrientes feministas liberales de esta década sí criticaron la pretendida racionalidad de la masculinidad y buscaron incidir en la incorporación de una perspectiva de género en las leyes, los medios de comunicación, el estado y las profesiones.

En el período que va de mediados de los setentas a mediados de los ochentas se desarrollaron otras corrientes cuyo objetivo era la reevaluación de la feminidad. Para algunas de sus seguidoras, las mujeres eran o bien moralmente superiores a los hombres o se expresaban con otra voz como planteó Carol Gilligan en su trabajo *«In a different voice; Psychological Theory and Women's development»*, editado en 1982. El trabajo de Gilligan fue muy importante para cuestionar si podían considerarse como medida general de madurez o desarrollo moral los criterios de racionalidad, autodeterminación y universalidad y si la escala de desarrollo moral presentada de manera general para el ser humano no había sido construida a partir del modelo masculino, establecido veladamente como canon (Heinz, 2004, p. 318-319).

Para otras, que centraron su interés en la violencia masculina contra las mujeres y en la alienación del cuerpo femenino por parte de los hombres, la masculinidad fue caracterizada como algo intrínsecamente perjudicial para las mujeres y los demás varones y fue injuriada sistemáticamente como algo abyecto. Estas corrientes pretendían alcanzar la equidad de género aboliendo o transformado radicalmente a los hombres y a la masculinidad. Una de las más conocidas exponentes de este punto de vista feminista radical es la jurista Catharine MacKinnon. Para ella, la opresión de las mujeres por parte de los hombres constituye la primera y la más profunda de todas las opresiones, el modelo para el racismo y las injusticias sociales (Gardiner, 2005). Igualmente, algunas prácticas

sociales como la pornografía, la violación y la prostitución institucionalizan «la sexualidad de la supremacía masculina, que reúne la erotización de la violencia, la dominación y la sumisión con la construcción social de lo masculino y lo femenino» (Gardiner, 2005, p.39). Algunas de las críticas que se le han formulado a sus posiciones son la falta de discusión sobre el origen de este sistema y su percepción de los hombres como seres intrínsecamente predispuestos a la violación y a la realización de sus deseos heterosexuales con base en el poder que les confiere su superioridad física. Para Mc Kinnon si bien lo masculino ha definido siempre la humanidad, lo masculino es inhumano y la única posible solución radical para esta terrible paradoja es la abolición tanto de la masculinidad como de la feminidad, es decir la abolición del género.

Las teóricas feministas no sólo se han interesado en las relaciones entre la violencia sexual y la masculinidad sino también entre ésta y la violencia étnica y nacional que se manifiesta en las situaciones de guerra o en las torturas. Algunas de estas teóricas, como aquellas reunidas en torno al ecofeminismo han descrito la guerra «como un culto militarizado de la masculinidad en el cual los hombres conquistan la naturaleza y definen la seguridad nacional como la protección de los privilegios masculinos» (Seager, 1999 citada por Gardiner, 2005, p.40). En contraste con estas posiciones radicales, otras feministas como la socióloga Nancy Chodorow han explorado los nexos entre masculinidad, nacionalismo y violencia atribuyendo la violencia masculina a los ciclos de humillación y dominación vividos por los hombres durante la primera infancia. En su libro *«El ejercicio de la maternidad»* escrito en 1978, Chodorow sostiene que la agresividad masculina u otros atributos que tradicionalmente se asocian a la masculinidad son el fruto de ciertas prácticas sociales como la crianza infantil, asignada casi exclusivamente a las madres y de la cual han sido exceptuados los padres.

Desde su perspectiva, una crianza compartida podría producir estructuras de personalidad más igualitarias en el futuro y aportar a todas las personas capacidades positivas, limitadas hasta el momento a cada sexo de forma separada. Igualmente, ambos sexos podrían ser más flexibles en la escogencia de sus objetos sexuales. Estos planteamientos han sido muy

criticados por no tomar suficientemente en cuenta que las transformaciones de género buscadas requerirían importantes modificaciones en los estilos de vida masculinos con el fin de permitir a los hombres compartir equitativamente con las mujeres las responsabilidades del cuidado de los niños. En el mismo sentido, se le ha reprochado subestimar el efecto de la dominación social, de las diferencias culturales e históricas y de las diferencias entre los miembros de un mismo sexo.

Las interconexiones entre las diferencias de género y otras jerarquías sociales y relaciones de poder

Desde la mitad de los años ochenta el marco del debate se desplazó de la diferencia de género a las diferencias entre mujeres. En este período se plantean muchas de las críticas a los trabajos feministas más importantes publicados a mediados de la década de los setenta. Las llamadas feministas de color y muchas feministas influenciadas por las teorías marxista enfatizan las interconexiones entre las diferencias de género y otras jerarquías sociales y relaciones de poder fundadas en la etnicidad, la nacionalidad, la clase social, las identidades racializadas y las orientaciones sexuales.

En relación con la masculinidad y el lugar social de los varones es interesante señalar que el llamado Black feminism ha buscado incesantemente comprender en forma simultánea y equilibrada, las opresiones particulares vividas por las mujeres negras y las vicisitudes experimentadas por los hombres de sus propias comunidades. Algunas de las principales teóricas del black feminism, como Patricia Hill Collins, Patricia Williams, Michelle Wallace, Angela Davis, bell hooks han examinado en forma crítica las dificultades experimentadas por los hombres negros para alcanzar las metas que las versiones hegemónicas de la masculinidad les han impuesto y han cuestionado estas formas de masculinidad por sus características sexistas. Aunque una gran parte de ellas se han proclamado como feministas o lesbianas o ambas cosas, no han admitido la fragmentación ni el separatismo que, según ellas, cunde entre las feministas blancas. Han expresado su solidaridad con los hombres negros progresistas que luchan por sus derechos señalando que luchan junto a ellos contra el racismo, pero que a la vez luchan contra ellos por el sexismo.

En muchas oportunidades han unido sus voces a las suyas para combatir el mito del hombre negro violador y denunciar los estereotipos existentes sobre los hombres negros como naturalmente violentos contra las mujeres. Han señalado los nexos existentes entre las características de género de la población afroamericana, el racismo estadounidense y el legado de la esclavización. Michelle Wallace por ejemplo comienza su libro *Black Macho and the Myth of the Superwoman* (1990) con la afirmación de que los hombres afroamericanos han sido despojados de su masculinidad por la supremacía blanca. Por esta razón, cuando los recogedores de basura movilizados por Martin Luther King en los años setenta desfilan portando un letrero que decía «yo soy un hombre» no están incurriendo en una afirmación tautológica sino formulando el reclamo de su derecho a la dignidad humana. Según Wallace, durante el período del movimiento del *Black Power*, muchos hombres afroamericanos llegaron a creer que la masculinidad y la autoridad masculina sobre las mujeres eran parte esencial de su liberación. Aunque muchas mujeres negras feministas cuestionaron esta concepción y lucharon contra ella, no apoyaron los análisis ni las estrategias separatistas y rechazaron todo tipo de determinismo biológico para explicar la opresión de las mujeres, por considerar que dicha explicación constituía una base peligrosa y reaccionaria para construir su política.

En *Talking Back. Thinking Feminist, Thinking Black*, bell hooks (1989), enfatiza la necesidad de luchar contra el dominio sexista que los varones negros ejercen sobre las mujeres negras en la familia y fuera de ella, y que en algunas ocasiones parece perder importancia en los escritos de las mujeres negras. Ve la necesidad de que el movimiento negro redefina de un modo no sexista y revolucionario los términos de su liberación. Apunta que si las mujeres negras son tan refractarias a unirse al movimiento feminista es porque su experiencia ha sido moldeada por el racismo y oculta la ira que las mujeres negras sienten hacia las blancas, ira cuyas raíces son históricas. También porque la palabra feminismo les aparece como sinónima de lesbianismo y temen la homofobia de la comunidad negra. Hooks, que se autodefine como una mujer negra comprometida con el feminismo, plantea la importancia de conseguir que las mujeres jóvenes negras que

empiezan a explorar los temas feministas puedan hacerlo sin miedo a un tratamiento hostil por parte de su propia comunidad.

Un proceso similar emergió con la crítica postcolonial elaborada al inicio de los años ochenta por las feministas provenientes del Tercer Mundo. Estas feministas globales coinciden con el feminismo negro en su perspectiva analítica de la masculinidad como una construcción históricamente y culturalmente específica. Un ejemplo de estas críticas es el que plantea Chandra Talpade Mohanty, teórica de origen hindú, cuando cuestiona el universalismo etnocéntrico de los análisis feministas occidentales que describen a las mujeres del Tercer Mundo como víctimas sempiternas de la violencia masculina. Según Mohanty (1988) hay que interpretar la violencia masculina contra las mujeres dentro de los parámetros de cada sociedad. Al considerar a las mujeres del Tercer Mundo como oprimidas, convertimos a las mujeres del Primer Mundo en sujetos de una historia en la cual las mujeres tercermundistas sólo tienen el estatus de objeto. Esto implica una forma de colonización y de apropiación de la pluralidad de las mujeres situadas en diferentes clases sociales y étnicas. Como señala Mohanty, el universalismo etnocéntrico feminista tiende a juzgar las estructuras económicas, legales, familiares y religiosas de los países no occidentales con base en parámetros occidentales que definen estas estructuras como subdesarrolladas o «en vías de desarrollo», como si el único desarrollo posible fuera el del Primer Mundo y como si todas las experiencias de resistencia no fueran sino marginales.

La implicación simultánea de muchas de estas teóricas en las luchas feministas, antirracistas y antiimperialistas y su interés en las complejas interrelaciones entre estas luchas, han tenido efectos políticos sobre el contenido de sus reivindicaciones y sobre la composición misma del movimiento. Esto explica que buena parte de ellas haya adoptado una posición de colaboración y de alianza con sus colegas varones envueltos en este mismo tipo de movimientos sociales.

La subversión de las identidades de género

En la última década aparece un nuevo debate al interior del feminismo en torno a la noción de género y

sus relaciones con el sexo y la sexualidad, promovido por activistas y universitarios bajo el nombre de teoría queer¹. Esta tendencia, inspirada en algunos desarrollos postmodernos y postestructuralistas reprocha a los movimientos precedentes feministas, y a los movimientos lesbianos y gays, haberse centrado en la cuestión de las identidades colectivas constituidas sin cuestionar las categorías de oposición binaria hombres/mujeres, homosexuales/heterosexuales. El objetivo de esta corriente es superar el género subvirtiendo las categorías de sexo y sexualidad y su interés por el género se funda en él como «representación» casi teatral («performatividad») cuyo sentido puede ser asignado por el individuo.

Para Butler reconocida por muchos como una de las principales teóricas queer, aunque ella misma se define a sí misma simplemente como feminista, el género es «una estilizada repetición de actos. El efecto del género se produce a través de la estilización del cuerpo y, de ahí, debe entenderse como la forma rutinaria en que los gestos corporales, movimientos y estilos de diverso tipo constituyen la ilusión de un ser perdurable con un género». (cfr. Butler, 1990, p.179) Así pues, si el «yo» es el efecto de la repetición, la que produce la apariencia de coherencia, entonces no existe un «yo» que preceda al género que dice representar; la reiteración produce una cadena de «representaciones» que constituyen y refutan la coherencia de ese «yo». Esta autora sostiene igualmente que el discurso sobre la identidad de género es inherente a las ficciones reguladoras de la heterosexualidad y de las mujeres y los hombres como realidades coherentes y en el último caso, antagónicas (Butler, 2000).

Si bien el trabajo de Butler continúa la labor estratégica del feminismo, de desnaturalizar el género, su mayor contribución reside en demostrar que la heterosexualidad institucionalizada crea el género. Como ella lo plantea, la utilidad social de la bicategorización hombre y mujer para el matrimonio, la división del trabajo y la estructuración del parentesco es lo que explica la necesidad de dividir las personas en estas categorías (Butler, 1997). Desde su perspectiva teórica, la masculinidad y la feminidad son posiciones vacías, que no se corresponden con los hombres y las mujeres.

¹ Queer: bizarro, inicialmente era un adjetivo insultante para referirse a los homosexuales. Posteriormente fue reivindicado para afirmar y reunir todos los comportamientos distintos a los promulgados por la heterosexualidad normativa (Bourcier, 2000).

Por eso mismo hay también masculinidades sin hombres, como demuestran muchas subculturas lesbianas (drag-kings, butchs, camioneras, las *garçonnes* francesas de los años 20, las lesbianas leather, etc.)². Al respecto, la antropóloga Gayle Rubin (1992) señala que si bien las categorías lesbianas de butch y de femme son creadas al interior de una sociedad heterosexista, constituyen un sistema alternativo de género que puede ser reaccionario o liberador para los individuos concernidos o para la sociedad como un todo, pero que en ningún caso puede ser pensado como una simple imitación de la división convencional de género entre masculinidad masculina y femineidad femenina (Rubin, 1992, citada en Gardiner 2005, p. 46).

Es importante señalar para terminar esta sección algunas de las críticas que se han formulado a la teoría queer: en primer lugar, se ha planteado que sus trabajos privilegian los aspectos simbólicos, discursivos y paródicos en detrimento de la realidad material e histórica de las opresiones sufridas por las mujeres. En este sentido, temas que han sido centrales en la reflexión feminista como la división sexual del trabajo, las políticas estatales y la ciudadanía han sido dejados de lado en sus reflexiones. En segundo lugar, se les atribuye una cierta incompreensión del carácter social y arbitrario de los arreglos sociales y de sus efectos concretos y materiales sobre los individuos, independientemente de sus acciones individuales.

En su libro *La dominación masculina*, Pierre Bourdieu (1990), cuestiona cierto facilismo teórico subyacente en la invitación que hacen las teorías queer a «la superación de los dualismos y las divisiones binarias» planteando que es «el orden de los géneros el que funda la eficacia performativa de las palabras –y particularmente de los insultos–, y es también él quien resiste a las redefiniciones falsamente revolucionarias del voluntarismo subversivo». Judith Butler rechaza esa visión voluntarista del género que se le atribuye en su libro *Cuerpos que importan*. En este trabajo, que continúa la reflexión iniciada con *El género en disputa* sobre el heterosexismo como discurso normativo que modela los cuerpos, esta autora aclara que el género es performativo como *efecto* de un régimen que regula y jerarquiza las diferencias de género *de forma coer-*

citiva. Y que las reglas sociales, tabúes, prohibiciones y amenazas punitivas actúan a través de la repetición ritualizada de las normas (Butler, 2002).

En cuanto a la relación que ha tenido el feminismo postestructuralista y las teorías queer con el campo de los estudios de masculinidad, podríamos decir que su mayor contribución ha sido introducir en ellos las perspectivas teóricas que permiten abordar la flexibilidad y variabilidad de las identidades de género y de los deseos y preferencias sexuales. Ahora bien, aunque algunas de las teóricas de estas corrientes han criticado la focalización de los trabajos realizados por sus colegas varones en las prácticas masculinas, podríamos decir que en términos generales han acogido el trabajo de los académicos varones y han compartido con ellos su crítica a la heteronormatividad que funda la dominación masculina.

Cuestionando un optimismo riesgoso

A continuación, me gustaría tomar otro camino para proseguir mi reflexión sobre los retos epistemológicos que plantean las mujeres y el feminismo a los estudios sobre varones y masculinidad. Para hacerlo, me voy a inspirar de las discusiones que ha suscitado en Francia el tema de los estudios de masculinidad. De manera muy breve podría decir que desde finales de los años setenta han sido publicados algunos trabajos relacionados con el tema, realizados casi siempre por autores que buscaron comprender los efectos de los cuestionamientos feministas en la identidad masculina. Una obra clásica en este sentido fue el trabajo académico y militante escrito por Georges Falconnet y Nadine Lefaucheur, titulado *La fabricación de los machos* fue publicado en 1975. Uno de sus principales méritos es el de haber dado la palabra a algunos hombres que se cuestionaban sobre el contenido de una forma de vida masculina (Welzer Lang, 2000).

Durante la década del ochenta se multiplicaron los números especiales de las revistas dedicados al tema de la masculinidad y a menudo de las masculinidades, en plural. El tema de la relación de los hombres con la paternidad, expresión privilegiada de una identidad «en crisis» y el de la sexualidad fueron el punto de partida de muchos de los trabajos y de algunos grupos de

² Judith Halberstam estudia todas estas subculturas en un libro titulado «Female masculinity», cuestionando la idea de que lo masculino es «asunto de hombres».

hombres que surgieron en este período, que al igual que los grupos feministas buscaron asignar un lugar importante a la palabra y a la experiencia individual. Durante la década del 90 se realizaron varios programas de investigación sobre las violencias masculinas y en ellos jugó un papel muy importante el sociólogo Daniel Welzer-Lang. A él se le deben los principales estados del arte sobre el tema y la mayoría de compilaciones académicas sobre el tema. Sus trabajos sobre la construcción social de la masculinidad se han apropiado de los cuestionamientos epistemológicos feministas de la especificación de género únicamente para las mujeres y han postulado una cierta equivalencia heurística entre el análisis de lo masculino y las investigaciones sobre las mujeres, equiparando las especificidades femeninas a las especificidades masculinas (Welzer-Lang, 2000).

Esta equivalencia ha sido objeto de debate por parte de algunas corrientes feministas francesas que han insistido en subrayar lo que la teoría feminista ha señalado a lo largo de su existencia: que si los hombres constituyen una categoría social de sexo específica es porque están colectivamente en posición de dominación en relación con las mujeres. Para ellas, es fundamental conocer y reconocer que los hombres como grupo se han beneficiado de la subordinación de la que han sido objeto las mujeres como grupo social, pese a las grandes disparidades que existen en las ventajas atribuidas a ciertos hombres o subgrupos de hombres en relación con otros hombres y con las mujeres. Igualmente, es necesario recordar que las relaciones sociales de sexo jerarquizan y oponen dichas categorías sociales de sexo. Las feministas francesas han sido muy críticas frente al punto de vista adoptado en gran parte de los estudios sobre las masculinidades que generalmente no da cuenta de las prácticas y representaciones de los varones como grupo social dominante que genera y reproduce una posición de dominación.

Comparto con ellas la idea de que los trabajos en este campo de estudio ganarían en profundidad y alcance si se interrogaran no sólo sobre la construcción social de la masculinidad y la virilidad sino también sobre el papel que desempeñan los varones en la reproducción de la dominación masculina y en las resistencias al cambio. Si bien las resistencias femeninas a la dominación masculina han sido objeto de recientes investigaciones que buscan

entender las relaciones entre las acciones individuales, las acciones colectivas, las estructuras sociales y sus efectos en las transformaciones de las relaciones sociales de sexo, por el contrario, las resistencias masculinas al cambio han sido poco examinadas. Por esta razón voy a terminar esta ponencia haciendo referencia a una serie de trabajos que ha documentado las luchas masculinas por mantener y consolidar su dominación sobre las mujeres. Antes de hacerlo, es necesario precisar que parto del supuesto de que las relaciones de género son relaciones de fuerza y que el estado pasado, presente y futuro de dichas relaciones es el resultado de la acción y reacción de las fuerzas presentes en estas relaciones. Desde esta perspectiva voy a cuestionar cierto optimismo compartido en relación con los cambios que se han producido en los últimos treinta años en las relaciones de género.

El énfasis de muchos estudios sobre los hombres y lo masculino en los cambios que están experimentando los varones al calor de las transformaciones sociales de las mujeres puede ocultar el hecho de que la equidad de género sigue estando ausente de las prácticas cotidianas. Si bien algunas de las demandas de los movimientos feministas han sido adoptadas en los discursos «oficiales» de algunos países es necesario señalar que el proceso de transformación de las representaciones y prácticas de los varones no ha sido homogéneo ni desprovisto de contradicciones. Es necesario seguir documentando a través de las investigaciones, las desigualdades existentes en las relaciones de género a pesar de los cambios en las representaciones masculinas, que algunas veces no constituyen sino adecuaciones a las condiciones sociales contemporáneas. Hablar de resistencias masculinas al cambio social nos permitirá referirnos a los diversos comportamientos cotidianos individuales y colectivos que realizan los hombres con el fin de proteger sus privilegios y conservar los beneficios que obtienen de su posición dominante en las relaciones de género.

La puerta giratoria era el término que designaba en algunos estudios escritos en la década del sesenta, la hipótesis que sostenía que en la medida en que las mujeres salieran a trabajar fuera del hogar, los varones, aliviados de las tensiones asociadas a su rol de proveedores principales del hogar se involucrarían más en las tareas domésticas del hogar (Burín y Meler,

1998). Sin embargo cuarenta años más tarde, los datos sobre la participación masculina en las tareas domésticas, el cuidado de los niños y las personas mayores, indican, en los países europeos que realizan estas mediciones, que esta suposición pecaba de optimismo. La incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo no acarrió la tan deseada paridad en el trabajo doméstico y pese a los reclamos femeninos de igualdad, los varones continúan aportando una escasa contribución al trabajo doméstico, incluso en los hogares de los llamados países desarrollados (Sineau, 1999).

Cambios masculinos y resistencias masculinas al cambio

Si bien en América Latina no existen estadísticas sobre la participación masculina en el ámbito del hogar, algunas investigaciones recientes han abordado el tema del reparto de las tareas domésticas y el cuidado de los hijos pequeños entre hombres y mujeres, ya sea en forma implícita o explícita. Sus resultados presentan unos hombres más implicados cotidianamente en los quehaceres caseros y en la crianza de los hijos, aunque para muchos de ellos se trate de una situación temporal y reversible (Nolasco, 1993, Valdés y Olavaria 1998, Pineda 2000). Numerosos autores (Gutmann, 2000; Henao 1997; Fuller, 1997 y 2000, Olavaria, 2000; De Keijzer, Viveros, 2000) han relacionado estas nuevas solicitudes (de diálogo horizontal entre padres e hijos y de una mayor participación en la crianza de los hijos) con las tensiones y transformaciones en el orden económico, social y cultural que caracterizan el período actual en las sociedades latinoamericanas.

En relación con el caso colombiano, autores como de Suremain y Acevedo (1999), plantean, que simultáneamente a las nuevas exigencias sociales y filiales sobre los padres se han multiplicado los obstáculos objetivos que impiden el buen cumplimiento de las tareas relativas a este papel. Estos impedimentos tienen que ver con las condiciones sociales prevalecientes en los sectores populares colombianos, en particular el desempleo o la precariedad del empleo y los desplazamientos generados por las distintas situaciones de violencia. Es decir, existe una brecha bastante considerable entre el modelo ideal del buen padre, cada vez más generalizado, y las posibilidades reales de ponerlo en práctica, particularmente en los sectores populares. Este desfase tendría,

según estos autores, consecuencias negativas tanto sobre los varones mismos como sobre el grupo familiar en su conjunto, aumentando los desencuentros entre géneros y generaciones.

Otras investigaciones como las realizadas recientemente por Puyana y Mosquera (2003) sobre paternidad y maternidad en cinco ciudades colombianas, diferencian, a partir del análisis detallado de las rutinas de padres y madres el tipo de participación de los hombres en el trabajo doméstico, concluyendo que estos participan fundamentalmente en la transmisión y adquisición del capital cultural de los hijos y un poco menos en el cuidado físico y afectivo de las y los hijos. En conclusión, pese a que los distintos trabajos subrayan la gran variabilidad en la participación de los varones en las tareas domésticas y en el cuidado de los hijos según su inscripción socioeconómica, el monto de recursos económicos y educativos de sus cónyuges, su pertenencia generacional, su momento de vida y el sexo y la edad de sus hijos, todos coinciden en señalar los cambios que han experimentado las representaciones y las prácticas de los varones latinoamericanos en relación con el ámbito doméstico. Igualmente, aunque muchos de ellos reconocen la escasa magnitud de estos cambios (Fuller, 1997; Gutmann, 1999; Viveros, 2001), la mayoría intenta explicarla como resultado de las dificultades y obstáculos objetivos y subjetivos que frenan una fuerte implicación masculina en las tareas cotidianas del hogar y en el cuidado de los hijos.

Sin embargo, otros estudios realizados en Brasil muestran que pese a los avances constitucionales que equiparan el estatus jurídico de los hijos nacidos dentro y fuera del matrimonio y de la existencia de leyes que alientan el reconocimiento paterno, los padres continúan resistiendo a reconocer la paternidad de los hijos tenidos fuera del matrimonio y las mujeres continúan teniendo a su cargo la solicitud de la prueba de paternidad y de los exámenes de ADN, incluso cuando conforman uniones estables no sancionadas por el matrimonio con dichos hombres. Además, los padres que incumplen sus deberes se benefician algunas veces de la ayuda objetiva de otros hombres que como los notarios han combatido las disposiciones legislativas que buscan anular el costo de los exámenes tendientes a establecer la filiación ya que estos se realizan en Brasil en sus oficinas.

Por otra parte, las estadísticas colombianas señalan la inoperancia de las leyes que castigan la irresponsabilidad paterna. El *Informe sobre los derechos Humanos de la Niñez en Colombia muestra que* en el año 2001 se reportaron 59.000 denuncias de inasistencia alimentaria, delito que ocupa el segundo puesto entre los delitos que más se presentan en el país. Dicho de otra manera, aunque la inasistencia alimentaria constituye un delito sancionado por la ley, sigue siendo uno de los comportamientos masculinos más frecuentes en el país. La situación es aún más dramática si se tiene en cuenta que un gran porcentaje de los casos de inasistencia alimentaria no es reportado por las mujeres, por causa de la dependencia económica o afectiva y la naturalización social de la dominación masculina.

Pero los hombres no siempre resisten al cambio en forma individual. También lo pueden hacer a nivel colectivo como en el caso de los grupos de presión masculinistas, o de algunos sindicatos o colectivos de trabajo, que obstaculizan los avances sociales de los cuales podrían beneficiarse las mujeres. Igual cosa sucede en el ámbito político. Ya sea en Francia en donde existe una ley de paridad política o en Colombia, donde los partidos están obligados a acordar una tercera parte de sus escaños a las mujeres, los candidatos masculinos desclasificados por las mujeres de sus listas de candidaturas a las elecciones, optan por abandonar la lista y buscar alternativas individuales para sus pretensiones electorales antes que aceptar estar detrás de ellas en dichas listas. Y de igual forma, los partidos prefieren pagar una multa antes que respetar dichas leyes.

Un ejemplo de resistencias lideradas por grupos de presión masculinistas es el que se manifestó después de la publicación de un informe de investigación realizado por un equipo de Québec sobre los resultados escolares de mujeres y hombres. Una vez publicado el informe, que mostraba un resultado ventajoso para las mujeres, las autoras fueron objeto de ataques extremadamente virulentos de parte de ciertos grupos masculinistas que calificaron el informe de panfleto feminista que atacaba a los hombres. En un artículo que analiza más de seiscientos artículos sobre el desempeño escolar comparado por sexo, publicados en diarios y revistas nacionales de seis países (tres anglófonos -Reino Unido, Australia y Estados Unidos- y tres francófonos -Canadá, Francia y Bélgica), durante

la década del 90, estas mismas autoras demuestran la influencia que tiene en estas publicaciones el tipo de discurso producido por los grupos de presión masculinistas. El análisis de contenido de los artículos revela un discurso defensivo y victimizador de los niños que explicaría el menor desempeño escolar de los niños en relación con las niñas como el efecto de la educación mixta. Según ellos, debido a la creciente feminización del cuerpo profesoral, se le estaría impidiendo a los niños la expresión de las características de su personalidad que les confiere su sexo, en particular una cierta violencia que les sería natural y esto estaría afectando su rendimiento escolar.

Como lo muestran las autoras, este tipo de argumentos sobre las dificultades escolares de los muchachos, de corte masculinista, no puede analizarse separadamente de otros discursos reaccionarios a propósito de la custodia parental, el suicidio masculino ni de la denuncia de la transformación de los padres «en simples genitores y monederos mecánicos, despojados de sus derechos a la paternidad y a la reproducción por jueces vaginocratas o por grupos femininazies».

En los países latinoamericanos este tipo de reacciones masculinistas se han expresado con particular agudeza en relación con dos temas: la despenalización del aborto y la concesión de derechos patrimoniales y otras garantías sociales a las parejas del mismo sexo. A través de las argumentaciones que se enfrentan tanto a la despenalización del aborto como a la concesión de derechos a las uniones del mismo sexo, se perfila un mismo tipo de defensa reaccionaria de un orden de género «natural» que se percibe amenazado por la emancipación de las mujeres y el cuestionamiento de la heteronormatividad. Uno de los peligros de este tipo de discursos reside en su capacidad de manipular la idea de equivalencia de los sexos a su favor como lo hace cuando ubica sus posiciones contra la despenalización del aborto bajo la bandera de la defensa de los derechos a la reproducción o sus posturas contra los derechos de los homosexuales como una defensa de los derechos de la familia. Por esta razón, quienes toman las decisiones políticas no pueden ser insensibles a sus actuaciones ni a las representaciones de la simetría entre los sexos que ponen en circulación. Además, algunas investigaciones han evidenciado que los grupos de presión masculinistas, presentes en todos los países

occidentalizados están organizados en redes y actúan en forma concertadas.

Es importante analizar estos fenómenos como una nueva forma de dominación masculina que ya no se cimienta únicamente sobre el antiguo presupuesto de la desigualdad entre los sexos ni sobre la perpetuación de un orden patriarcal inmemorial incuestionable. Por el contrario, estos grupos se definen en reacción al cuestionamiento de este orden por parte de las demandas de libertad e igualdad enarboladas por el feminismo y el movimiento social gay y lésbico (Fabre y Bassin, 2003). En este sentido, estos grupos constituyen un fenómeno de resaca que pretende frenar los logros adquiridos por las mujeres -garantizados en algunos países por leyes, políticas y programas sociales en distintos dominios. Son una expresión de la dominación masculina reaccionaria al cambio y no de la dominación conservadora (ibid). Si bien la dominación masculina tradicional presupone el poder masculino, la dominación reaccionaria traduce por el contrario un sentimiento de pérdida de poder y una reacción defensiva frente a esta experiencia de menoscabo.

Esto no quiere decir que un tipo de dominación esté reemplazando a la otra; por el contrario, ambas coexisten. Sin embargo, la distinción de estas dos formas de dominación masculina con base en su relación con el poder puede ser útil para puntear la diversidad de prácticas de dominación que pueden ejercer los varones. Porque no es lo mismo oponerse al trabajo femenino fuera del hogar porque se considera que el lugar propio de la mujer es el hogar, es decir porque se desea preservar un orden tradicional de género, que oponerse a las actividades profesionales femeninas u obstaculizar la incorporación de las mujeres a ciertas tareas profesionales porque se perciben como amenazantes para el desempeño laboral masculino o para la permanencia de los hombres en ciertas posiciones de poder y prestigio. En el primer caso, el hombre está expresando su poder de definir la legitimidad de la presencia femenina en el espacio laboral mientras en el segundo caso está manifestando su temor frente al poder creciente de las mujeres en el ámbito laboral. En resumen, esta distinción nos permite abordar y analizar la dominación masculina como una realidad plural, en toda la diversidad de las lógicas políticas que la orientan....

A manera de conclusión

Las mujeres han ocupado el lugar pionero en la investigación sobre los hombres y lo masculino desde una perspectiva antisexista. Incluso, en los Estados Unidos, donde existe una extensa producción sobre el tema realizada por hombres, ésta no se efectuó sino después de la acumulación de una abundante elaboración académica feminista y de la consolidación de los Women's Studies en numerosas universidades norteamericanas. La literatura de las ciencias sociales en algunos países europeos como Francia y en América Latina (Brasil, República Dominicana, Perú, Chile, Colombia, México etc.) así lo demuestra también. Una de las características comunes a estos trabajos realizados por mujeres en América Latina y en Francia es la de haber buscado abordar el tema de los hombres y lo masculino desde una perspectiva crítica de género, y no para intentar aliviar el malestar masculino con unos roles sociales obsoletos. Por otra parte han mostrado que la masculinidad no es un asunto exclusivamente masculino, sino por el contrario una cuestión relacional. La socióloga francesa Anne-Marie Devereux (1988) ha señalado con gran pertinencia que una de las condiciones para avanzar en el estudio de las relaciones de género era considerar que los hombres estaban en posición dominante al interior de las relaciones de sexo no sólo porque las mujeres ocupaban una posición inferior sino porque ellos eran producidos socialmente para ocupar esta posición y luchaban para mantenerse en ella.

Las teorías feministas han tenido una importancia muy grande para el surgimiento y desarrollo de los estudios sobre hombres y masculinidades. Aunque no siempre el foco de atención de estas teorías han sido los hombres o las prácticas masculinas, sus desarrollos teóricos en relación con el género han permitido repensar y redefinir la masculinidad, visibilizar a los varones como actores dotados de género y propiciar el surgimiento de nuevos movimientos sociales en torno a estas reflexiones. La relación entre el feminismo, en sus distintas vertientes, y los estudios de lo masculino no ha sido sencilla, como lo muestran los trabajos sobre hombres y masculinidad de lengua inglesa. Si bien, según Kenneth Clatterbaugh (1997), existen perspectivas de estudio de lo masculino que recogen los logros de la producción académica y del movimiento feminista

y comparten su visión sobre el cambio social también existen tendencias como la de los Men's Rights que se opone al feminismo planteando que este movimiento no ha generado para los varones las mismas opciones que ha logrado para las mujeres. Por otra parte, a nivel de la literatura de amplia difusión que se ha escrito sobre el tema se ha privilegiado el examen de lo que fragiliza el poder masculino y se ha buscado ofrecer paliativos para aliviar el sentimiento de impotencia existencial que experimentan muchos hombres (cf. Cardelle, 1992; Kreimer 1992). Aunque este objetivo puede contener algunos elementos constructivos, el interés en reforzar el poder masculino encubre en algunas ocasiones una postura reaccionaria antifeminista (Parker, 1997). Además, las soluciones que plantean este tipo de análisis y propuestas son individualistas, descontextualizan las masculinidades de la experiencia real en las relaciones mujer-varón (Kimmel, 1992).

En el campo académico norteamericano, algunos autores han discutido en torno a la pertinencia de la inclusión del punto de vista femenino en los estudios sobre masculinidad. Jeff Hearn (2000) ha planteado que no es deseable dejar los estudios sobre masculinidad exclusivamente a los hombres porque esto sería una forma de perpetuación de la dominación masculina en el campo académico, y que por el contrario, la multiplicidad de puntos de vista no puede sino mejorar la calidad del conocimiento sobre fenómenos complejos como

el de las identidades de género. Por su parte, Matthew Gutmann (1997) ha señalado la pertinencia de incluir descripciones y análisis de las mujeres como parte del estudio sobre los hombres y la masculinidad. Siguiendo a este autor (1999) considero que la inclusión del punto de vista de las mujeres en los estudios sobre masculinidad es necesaria teniendo en cuenta que la masculinidad se construye en relación con las identidades y prácticas femeninas. Muchos de los trabajos sobre masculinidad han hecho énfasis en el aislamiento de los mundos de los varones y las mujeres, ignorando la importancia de las interacciones cotidianas entre unos y otras y el efecto de estas interacciones sobre las identidades masculinas. Resulta más acorde con la realidad abordar la masculinidad desde una perspectiva que dé cuenta de las múltiples interacciones de los varones con distintos tipos de mujeres y diferentes tipos de hombres. En resumen, lo importante no es que los estudios de masculinidad sean realizados por varones o por mujeres sino su capacidad de analizar las prácticas y representaciones de los varones desde sus especificidades de género, como parte de unas relaciones sociales que los colocan mayoritariamente en una posición de dominación. De esta manera los estudios sobre hombres y masculinidades contribuirán al fortalecimiento del campo de los estudios de género y al desarrollo de su capacidad explicativa de la complejidad que caracteriza las relaciones de género en el mundo contemporáneo.

Referencias Bibliográficas

- BOUCHARD, P., Boily, I. y Proulx, M. C. (2003). *La réussite scolaire comparée selon le sexe. Catalyseur des discours masculinistes*. Ottawa : Condition Féminine.
- BOURDIEU, P. (1990). «La domination masculine», Actes de la recherche en Sciences Sociales, 84, Págs. 3-31.
- BURIN, M. y Meler, I. (1998). *Género y Familia*. Buenos Aires: Paidós.
- BUTLER, J. (1990). *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge.
- BUTLER, J. (1997). *Mecanismos psíquicos del poder*. Teorías sobre la sujeción, Madrid: Cátedra.
- BUTLER, J. (2000). «El marxismo y lo meramente cultural». *New Left Review*, 2, 109-123.
- BUTLER, J. (2002). *Cuerpos que importan*. Buenos aires: Editorial Paidós.
- CARDELLE, F. (1992). *El desafío de ser hombres hoy*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- CLATTERBAUGH, K. (1997). *Contemporary Perspectives on Masculinity. Men, Women and Politics in Modern Society*. Boulder, Colorado: Westview Press
- DE KEIJZER, B. (s.f.). «Paternidad y transición de género». En: Population Council (Ed.) Transformation of family structures, gender relations in the nineties and the future of children, Mimeógrafo.
- DE SUREMAIN, M. D. y Acevedo, O. F. (1999). «Feminización de la pobreza y retroceso de la paternidad en sectores populares de Medellín». Ponencia presentada en el Seminario Internacional El Padre, cambios y retos, Medellín.
- DEVEREUX, A. M. (1988). Les rapports de sexe constituent un rapport social et les hommes en sont l'un des termes: conséquences sur la construction des objets d'analyse, Cahiers de L'APRE, 7, Págs. 150-167.
- DEVEREUX, A. M. (1999). Thèmes et problématiques des recherches sur les homes: un état de la question, Actes des Journées d'études organisées para le GDR-MAGE (Journée du 4 juin 1999. «Du côté des hommes»), Document de travail n° 1.
- FABRE, C. y Fassin, E. (2003). *Liberté, égalité, sexualités*. Paris: 10/18
- FULLER, N. (1997) Identidades masculinas, varones de clase media en el Perú, Lima: Fondo Editorial PUCP
- FULLER, N. (2000). «Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú». En: Fuller (Ed.). *Paternidades en América Latina*, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Págs.35-90.
- GARDINER, J. K. (2005) «Men, Masculinities and Feminist Theory». En: Kimmel, J. Hearn y R.W. Connell (Eds.). *Handbook of Studies on Men and Masculinities*. London: Sage. Págs.35-509
- GUTMANN, M. (1997). «Trafficking in men: The Anthropology of Masculinity». *Annual Review of Anthropology*, 26, Págs.385-409.
- GUTMANN, M. (1999) Las fronteras corporales de género: las mujeres en la negociación de la masculinidad. En: Viveros y Garay, (comp.). *Cuerpo, Diferencias y Desigualdades*, Bogotá: CES/ U. Nal. de Colombia, Págs. 105-123
- GUTMANN, M. (2000). «Mamitis y los traumas del desarrollo en una colonia popular de la ciudad de México». En: Fuller (Ed.). *Paternidades en América Latina*, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Págs.333-361
- HEARN, J. (2000). Quelle politique pour l'organisation des études critiques sur les hommes En : D. Welzer-Lang (dir.), *Nouvelles approches des hommes et du masculin*. Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, Págs. 255-262.
- HEINZ, M. (2004). Normas morales y diferencias de género. La comatibilidad entre los conceptos kantianos y feministas. En: Millán de Benavides y Estrada (Eds.). *Pensar (en) género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*. Bogota. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- HENAO, H. (1997). «Un hombre en casa. La imagen del padre hoy. Papeles y valores que destacan 400 encuestados en Medellín», *Nómadas. Género: Balances y discursos* 6.
- HOOKS, B. (1989). *Talking back: thinking feminist, thinking black*. Boston, MA: South End Press.
- KIMMEL, M. (1992). La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes. En: ISIS Internacional (Ed) *Fin de siglo, Género y cambio civilizatorio*, Santiago de Chile: Ediciones de las Mujeres, Págs. 129 138.
- KREIMER, J. C. (1992). *El varón sagrado*, Buenos Aires: Editorial Planeta.
- LEFAUCHEUR, N. y Falconnet, G. (1975). *La fabrication des mâles*, Paris: Seuil
- MOHANTY, Ch. T. (1988). Under Western Eyes. Feminist Scholarship and Colonial Discourses. *Feminist Review* 30, Autumn 1988, Págs. 61-88.
- NOLASCO, S. (1993). *O mito da masculinidade*, Río de Janeiro: Editorial Rocco.
- OLAVARIA, J. (2000). Ser padre en Santiago de Chile. En: Fuller (Ed.). *Paternidades en América Latina*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Págs. 129-173.
- PARKER, I. (1997). Hombre, mito y subjetividad psicoanalítica. Cuadernos de crítica de la cultura. No. 30, Archipiélago, Págs.79-86.
- PINEDA, J. (2000). Masculinidad y desarrollo. El caso de los compañeros de las mujeres cabeza de hogar. En: Robledo y Puyana (Comp.). *Ética: masculinidades y feminidades*. Bogota: FCH/UN, Colección CES, Págs. 228-270.
- PUYANA, Y. y Mosquera, C. (2003). El trabajo doméstico y la proveeduría en la ciudad de Bogotá. En: Puyana (comp.) *Padres y madres en cinco ciudades colombianas. Cambios y permanencias*. Bogotá: Almudena Editores.

- SINEAU M. (1999). Las dos caras de la paridad. *Le Monde Diplomatique*, 28-12-99.
- THURLER, A. L. (2004). Paternité et inégalités dans les rapports parentaux. Une analyse de cas brésiliens. *Cahiers du Genre*, 36, 69-89.
- VALDÉS, T. y Olavarría, J. (1998), Ser hombre en Santiago de Chile; A pesar de todo, un mismo modelo. En: Valdés y Olavarría (Eds.) *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago: FLACSO/ UNFPA, Págs. 12-36.
- VIVEROS, M (2000). «Paternidades y masculinidades en el contexto colombiano contemporáneo, perspectivas teóricas y analíticas. En: Fuller (ed.). *Paternidades en América Latina*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Págs. 91-128.
- VIVEROS, M. (2001). Masculinidades, diversidades regionales y cambios generacionales. En: Viveros, Olavarría y Fuller, *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, Bogotá: CES, Universidad Nacional de Colombia, Págs. 35-153.
- VIVEROS, M. (2002). De quebradores y cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia, Bogotá: CES/Universidad nacional/ Fundación Ford/ Profamilia.
- WALLACE, M. (1990). *Black Macho and the Myth of the superwoman*. London: Verso.
- WELTZER-LANG (dir.) (2000). *Nouvelles approches des hommes et du masculin*, Toulouse : Presses Universitaires du Mirail.